

dio de psicología experimental; *Amores locos*, historia en verso, y algunas otras), las esperamos nosotros con tanta mayor ansiedad é impaciencia cuanto que estamos seguros de que ellas han de venir á enriquecer nuestra literatura, tan necesitada de espíritus que, cual el de Zozaya, la sepan amar y tratar como ella se merece.

Y sería injusto si firmara esta ligera crítica sin hacer constar aquí que Zozaya, después de haber conseguido, á fuerza de talento y trabajo, hacer de su bufete de abogado uno de los más populares de Madrid, y teniendo un brillantísimo porvenir en el foro, abandonó su carrera para consagrarse á la literatura, renunciando, con espíritu generoso y altruista, á las ventajas y los goces que con su esfuerzo en la vida se había conquistado. Mas su voluntad ha salvado todos los obstáculos, su talento y su inteligencia le han llevado al triunfo en un espacio de tiempo inverosímil; á él debe nuestra literatura, á más de sus magistrales obras, el contar con las mejores de los filósofos extranjeros, que él ha traducido y reunido en la popular «Biblioteca Económico-filosófica», fundada por él.

Zozaya tiene, como veis, una amplísima y robusta personalidad; pero de todos sus méritos, de sus raros talentos, el que me esclaviza es el que á él le distingue, el que sólo él posee en nuestra patria y nuestro idioma: la facultad de disfrazar con la prosa la poesía de sus producciones; nadie ha podido, como Zozaya, expresar su pensamiento en la amplitud de nuestra prosa y condensar al mismo tiempo en sus renglones la miel de la poesía, de su poesía que eleva, que dignifica, que ennoblece, que nos lleva á regiones ideales...

ANTONIO GUARDIOLA.

POR LOS CAUCES SERENOS

RECUERDOS DE INFANCIA

Cosas de chicos

¡Oh pulcro cuanto bien mirado don Pedro Zoilo, mi abuelo y señor carnal! Menos emprendedor que el de Mantua, pero sí tan honesto como el de Amadis, fué espejo de hidalgos y trasunto de cortesania. ¿Cómo olvidar la reducida estancia en que, reclinado en su sillón de piel de Vitoria, apoyado el menton en la palma rugosa, registraba sus libros de patología quirúrgica? Aquellos libros alineados en rinconeras sólidas de acajú, eran envidia, y aun ansia codiciosa, de los netezuelos. Pero el cirujano era inflexible. Apenas nos contemplaba encaramados en su rebusca, arqueaba las nítidas cejas, nos lanzaba una mirada iracunda y murmuraba escandalizado:—¡De ningún modo; esos libros, no!

Espoleaban tales repulsas nuestra curiosidad infantil. Un día hubo de decirnos que los niños no debían ver libros que hicieran peligrar la higiene y robustez de la raza. No entendimos aquello, pero luego hemos encontrado igual argumento en los pedagogos ingleses. Tal vez no tuvo presente

otro el Aretino al hacer hablar en latín á sus monjas desenfadadas.

Y ello fué que un día, ausente el abuelo, trepamos hasta las rinconeras y registramos los nefandos volúmenes. ¡Oh decepción! Todos ellos estaban en francés, y uno sólo—presumo que de anatomía—tenía en colores tres láminas. Al verlas quedamos aterrados. Una representaba un esqueleto, otra un gigante desollado y la tercera—la más pecaminosa—representaba un vientre abierto en canal y dentro un repugnante y viscoso manojito de intestinos.

¿Qué diría hoy el buen don Pedro Zoilo si registrará las bibliotecas de nuestras doncellas impúberes? No ya la función por antonomasia, sino los delitos de bestialidad y felaria son descritos en ellos con señales y aun pilosidades indelebles. En verdad, caminamos de prisa y queremos que las nuevas generaciones sientan, primero que la satisfacción, el hastío, y antes que la ilusión, el desencanto. Nuestra literatura hiede. Presumo que hasta las mismas niñas han llegado á cobrar asco á nuestros anaqueles y nuestras rinconeras.

¿Y qué hacerle? Ningún literato se atreve á arrostrar la imputación de zoncería. Hay que inventar un nuevo sentido—*cualque nuovo senso*—, como pide d'Annunzio, no para cultivarle, sino para hacerle vibrar en sacudida ciega epiléptica. Inventar una nueva monstruosidad sería un gran éxito de novelista, y además, un negocio loco.

Me atrevo á suponer que muy pronto no se podrá escribir «sin riesgo del decoro» un sólo capítulo honesto. Y entonces ocurrirán curiosísimos episodios. El trasnochador pasará por delante de los soportales, y en el sitio de mayor lóbreguez se le acercará un vejete de faz maliciosa y mirada

felina, que llevará escondido un montón de folletos, y mirando con recelo á su alrededor, dirá con voz medrosa y titubeante al noctámbulo:—Caballero... ahora que no hay por aquí ningún guardia... ¿me compra usted una novela decente?

Sinite parvulos

Todo hay que hacerlo por los hijos. Ved la frase con que pretenden buscar disculpa todas las bajezas y cobardías. La grandeza del más alto Calvario puede ser destruida por el llanto de un niño que obliga á su padre á bajar de la cruz. Sobre la puerta del pandemonio, cuyo dintel empequeñecía á los genios, debió escribir Milton esta sola palabra: «Paternidad».

Por eso los grandes rebeldes carecieron de prole. El vagido de un niño en su cuna puede muy bien apagar la voz de los siglos y el viril llamamiento de las generaciones futuras. Los hombres sabemos demasiado que hemos nacido para crear, como el toro ó el dromedario, ó como la minúscula efímera. ¡De cuántas nobles arrogancias, de cuántas acciones gloriosas seríamos capaces! Pero los hijos... ¡Siempre los hijos! No nos contentamos con haberles dado la existencia, ni nos basta haberles legado la virtud y el saber. Queremos, además, asegurarles el bienestar y nos envilecemos para conseguirlo, perdiendo al intentarlo el derecho á su respeto y su gratitud.

¿Y qué hará el desvalido sino sacrificar por sus hijos el honor á cambio de un pedazo de pan? He aquí el pavoroso problema que han creído resolver cruelmente los neomalthusianos, diciendo á los

siervos: «¡No engendrés: el elefante no procrea en la esclavitud!»; y que las mujeres bilbainas han resuelto de un modo más humano y más digno, diciendo á los obreros en huelga: «¡No os inquietéis por los pedazos de vuestra carne; para procurarles sustento y amor, para hacerles hombres, si vosotros faltáis, aquí estamos nosotras!»

Nada se ha pronunciado tan sublime, tan digno y tan humano, ni aun en los gloriosos anales de Esparta. Nada ha faltado á su grandeza, ni aun las burlas de la estupidez. La humanidad entera ha debido estremecerse al oírlo en sus propias entrañas, como si presintiera un nuevo génesis. Una maldición insensata condena en la fábula á la mujer á parir con dolores. Una bendición sacrosanta concede desde hoy á todas las hembras, incluso á las llamadas estériles, el noble galardón de sentir el goce inefable, la alegría infinita de la maternidad.

Es una revelación insólita y deslumbradora, destinada á acelerar el progreso y á destruir el mayor obstáculo que se opone á la redención de los humildes. Los hijos de los que combaten por el ideal son los hijos de todos. Ellos deben partir con los nuestros el pan y la sal, y aun la propia primogenitura. Nazarenos de la igualdad, deben ser en nuestro hogar recibidos con palmas. Trabajar por el porvenir, será en adelante luchar por los hijos. Proteger á los niños, será laborar dignamente por el futuro. De este modo, la caridad y la justicia habrán dejado de vivir en infausto y tenebroso divorcio.

Las predicaciones de los sabios y los consejos de los buenos no habrán podido influir de un modo tan decisivo y enérgico en el ánimo de los patronos como ese movimiento de solidaridad y ternura de una multitud que se ha disputado el honor de

albergar á los niños de los trabajadores hambrientos. Los buenos y los inteligentes habrán comprendido que hay algo más en las reivindicaciones del proletariado que un brutal egoísmo, y se sentirán inclinados á la equidad y á la misericordia. Los otros, los incapaces de bondad y de raciocinio, habrán experimentado el bochorno, el desprecio de sí que tiene que sentir el malvado é idiota ante el espectáculo de la inteligencia y la abulgación.

El proletariado intelectual, que aun se complace con la absurda denominación de «clase media» (¡qué más quisiera!), se ha asociado por primera vez á los sufrimientos de sus hermanos; ha comprendido, y ojalá que nunca lo olvide, que está amenazado seriamente de iguales rigores y desdichas. Se ha hecho digno de su misión de cultura y de paz, harto más que las damiselas que en el Club Náutico del Abra creyeron deber escandalizarse ante la postulación de algunas obreras que no iban ataviadas con arreglo al último figurín.

Pero no es fácil vivir del trabajo ajeno y admirar todas las grandezas. ¡Cómo! ¡Unas mujeres pobres que se atreven á sentar á su mesa á un chiquillo más! ¡Una muchedumbre que aclama á los niños y les ofrece juguetes y besos! ¡Un doctor que acude solícito á las ventanillas del tren para ofrecer á los chiquitines bollos y pequeños botijos con agua cristalina! Sensiblería, cursilería, chiflatura...

Pero los chiflados—ha dicho Guyau—, y sobre todo los chiflados buenos, están destinados á asaltar la, al parecer, inexpugnable fortaleza social y acompañar la marcha del progreso con los latidos de su corazón.

El Dios Grande

Dos rapaces vestidos con sendas batas de percal floreado, parecido al que en tiempos se usaba para colchas, y un viejo de indumentaria pobrísima pasaron alborotando la calle frente a mi puerta. Agitaban aquéllos furiosamente dos campanillas afinadas en *la* y en *mi*; redoblaba el otro un tambor enorme, a cuyo fragor estridente ladraron todos los perros de la calle y hubo de encabritarse el caballo de un coche de alquiler. Detrás iba medio centenar de arrapiezos. No sé quién, dijo: *Mañana va a pasar el Dios Grande*. Y caí en una abstracción melancólica.

Era verdad. Yo recordaba haber visto aquello muchas veces; y lo recordaba con el sobresalto que produce la asociación de muchas penas a muchas ternuras. Me representaba a mi mismo, abrazado al abuelo, asomado a los hierros para ver el bullicioso anuncio de la procesión. ¡*El Dios Grande!* Por de pronto, me compraban una mano ó dos de aleluyas. Y por la noche las recortábamos con ansia febril. En un cesto quedaba revuelta la historia de Espartero y la del hombre flaco, el reinado de doña Isabel y la tierra de Jauja, la revolución de Julio y el mundo al revés. Un año entraron en el cesto, con las aleluyas del *Tupé*, las que seguían paso a paso la vida honesta del hombre bueno, que no perdía, por la potísima razón... de que no jugaba.

El sueño de aquella noche era intranquilo. Muy de mañana ya estaba en pie la chiquillería. La abuela sacaba del arcón dos cobertores de damasco y los sujetaba al balcón, con lo cual las estancias

quedaban en una agradable penumbra rojiza. La gente se agolpaba, y por fin oíamos el volteo de las campanas. ¡*Ya ha salido!*—gritábamos—. Pero aun tardaba la procesión en llegar. Por fin la aparición teatral del *piquete* de guardias provocaba el infantil palmoteo. Los monacillos traían sobrepellíces almidonadas, y el tío del tambor iba endomingado, redoblando más fuerte que nunca. Entonces arrojábamos a puñados los papelillos policromos, que nublaban el sol. Debajo del balcón, y en honor del *Dios Grande*, los chicos se reventaban a pescozones.

Nos enternecíamos mirando a aquellos señores graves, de calva reluciente y de aspecto sacristanesco, que pasaban izando el pendón ó golpeando el suelo con los cetros. Dos filas de mujeres cruzadas de cintas y santificadas por escapularios, llevaban inclinados los cirios, como buscando recipientes para los churretones de cera. Después el palio, sobre el cual arrojábamos rosas y lilas. Cuando tras de la música lacrimosa pasaba la escolta, quedaba en la calle un intensísimo olor a incienso y en nuestro corazón algo así como un perfume de bienestar.

Durante algunos años no he vuelto a ver tan bonito espectáculo. He vivido en calles estrechas de los suburbios. El *Dios Grande* nada tiene que hacer allí. Ha sido preciso que vuelva a encontrar albergue en calles anchas y ventiladas para que me hayan sorprendido con sus tintineos y redobles los acólitos con sus campanillas y el viejo astroso con su tambor.

Durante esos años de infortunio, de tristeza, de infinito abandono, he buscado alguna vez al *Dios Grande*. Pero le he buscado en el campo, perfumado de esencias, bajo un cielo abierto a todas las hipótesis, ó en el libro arrugado de tanto manoseo.

Muchas veces, en pleno otoño, han caído sobre mi cabeza las hojas en gráciles tropeles, no como aleluyas y hosannas, sino como psalmos despedazados del libro de Job. He alzado la frente y he interrogado en vano. He mirado alrededor, y no he encontrado una mano amiga. He buscado cánticos, y no he hallado sino susurros melancólicos y lamentos de ráfagas frías. A veces he tenido en mi mano flores; pero no he encontrado palio sobre el cual arrojarlas.

Por eso este año me ha parecido despertar de un letargo al oír el redoble y el campanilleo. Ha pasado la procesión, más corta, menos brillante, sin músicas ni cirios. El párroco ya no iba bajo palio, ni á pie, sino dentro del coche, gozando por una sola vez comodidades regias. Detrás haldeaban varias viejas devotas, rezongando no sé qué transportes tardíos. En los balcones había muy pocos lienzos. Sólo de un palacio cercano arrojaron flores. Pero fueron las criadas. Los amos no se dignaron dar testimonio de presencia. Verdaderamente, todo ha cambiado. Kempis lo ha dicho. El tiempo pasa, y nosotros con él.

Y, ¡cosa extraña! Frio, impasible, ante el desfile que me impresionaba hondamente de niño, he salido al campo. Le he encontrado riente, grandioso, palpitante á los rayos del sol. Sobre mi frente han caído, en vez de aleluyas, los pétalos primeros de las acacias. En aquel templo, que siempre me recibió con amor y consuelo, el campanilleo era charloteo de pinzones y alondras, y el redoble rumor de agua fresca saltando en los cauces sombríos. Y allí, sin más palio que el espacio infinito ni más séquito que una espléndida cohorte de mundos, dominándolo todo, fecundándolo todo, me ha parecido ver al *Dios Grande*.

El santo entierro en 1867

Era mi padre escribano de los de *número*, es decir, de los luego expropiados y no indemnizados (¡qué despojo, señor Montilla!), y tenía, como la mayor parte de los de su tiempo, su despacho en una planta baja en la calle Mayor. En cuanto pasaba por allí procesión ó comitiva regia, desembarazábamos una mesa de legajos, tinteros de bronce y plumeros de Talavera, abríamos la tienda y colocábamos la susodicha mesa atravesada en el dintel, á guisa de mostrador de casquero, y encaramábase encima, con sillas y quitasoles, toda la chiquillería, acompañada de sendas niñeras é institutrices. A las veces nos servían de pedestal polvorientos legajos, y aun no sé si entre ellos estaría la causa del célebre Candelas y el aun no terminado litigio de los Grajales. Desde aquella curulesca tribuna he visto pasar á la infanta Isabel arrellanada en su carroza, al lado del conde de Girgenti, cuando celebró en Atocha sus desposorios. Era una joven delgada, de facciones algo angulosas, que la privaban en parte de su actual majestad y agrado. Desde allí vi á la reina en el coche de la Corona Real, llevando á su lado *al principito* siempre que se celebraba apertura de Cortes. Iba el niño vestido invariablemente de sargento, con airoso poncho, y su vista despertaba las simpatías que iban faltando á aquella corte después de la famosa noche de la serenata al rector de la Universidad, del encumbramiento de González Brabo y el pronunciamiento de San Gil.

El día de Viernes Santo nos dábamos cita sobre aquella desmesurada mesa, tras la cual se colocaba

otra con sillas y taburetes, una porción de pequeños amigos. Cruzábase á lo mejor un torniscón ó un cachete, sin respeto á la solemnidad del día, por un quitame allá esa sombrilla ó un daca ese bombón, pues claro es que, no siendo para los niños el ayuno precepto, hacíamos lo mismo que diz que hacían en tal ocasión los cortesanos en tiempo de los Austrias, si aceptamos el testimonio de Andrés Gómez Riverano y del poeta Vargas. Así *acallamos nuestro llanto, empapándolo en rosquillas*. Era para mí la procesión tanto más sabroso espectáculo cuanto algún año había pasado tarde igual fuera de Madrid, presenciando las ridículas profanaciones de *las cabezadas* y el *encontrón*. La concurrencia era mayor que hoy, á pesar de haber aumentado la población enormemente. Y era muy de observar que nadie hablaba ni por asomo de la milagrosa leyenda, sino de si el padre Claret dejaría ó no su puesto en Palacio, de la piadosa monja de las llagas y de *Ibrahim Clarete*, que así, con censurable olvido de la dignidad de su cargo, llamábamos todos los madrileños al presidente del Consejo y gran orador don Luis González Brabo.

Moviase, por fin, gran rebullicio y aparecía la guardia veterana. Entonces se hacia un silencio solemne. Aquellos caballos panzudos, sosegados, tranquilos, que cariñosamente apartaban á la multitud, como si sus instintos de irracional comprendieran que debían servir á un instituto democrático, eran los mismos que habian atropellado al pueblo en la memorable noche de San Daniel. Cuando el pelotón avanzaba quedaba el espacio libre de acera á acera. Y entonces comenzaba á pasar la doble é interminable fila de los asilados, condenados desde que se fundó, no sé si por don Juan de Robres, el primer asilo, á permanecer con

la cabeza descubierta horas y horas, bajo el sol ó la lluvia, en cuanto hay fiesta religiosa ó política. Iba detrás su música, la misma del tablado de los toros, aquella á la cual había yo oído tocar los pasodobles de Barbieri cuando las célebres competencias del *Gordito*, *Cayetano* y el *Tato*. (¡Qué tiempos aquellos, *don Modesto!*).

Seguían las cofradías y parroquias con sus bordados estandartes. Estaban allí los de muchas iglesias derribadas después del 68: Santa María, Santa Cruz, San Millán, Maravillas, Santo Domingo, Carmen Descalzo y conventos de Calatravas y Santa Teresa. Veía yo los estandartes con religiosa unción y no podía menos de palmotear al contemplar el de mi parroquia (San Sebastián) ó el de la entonces congregación del Tránsito, de que era yo individuo. Aunque apenas pasé de la cuarentena, debiera ser el congregante más antiguo. Pero ¿qué hacerle? Me di de baja al matricularme en Metafísica.

Y seguían los pasos; los tristes y desdichados pasos que puede ver hoy mismo quien guste: miserros, mal tallados, pintarrajeados horriblemente; tan distantes de los de Sevilla ó los de Gregorio Hernández y Berruguete, como estamos del cumplimiento del decreto de Alfonso González. Pero yo los miraba con devoción y un si es no es de transporte místico. Veneraba al glorioso perseguido; abominaba de los verdugos; me identificaba con la sacrosanta epopeya. Me santiguaba, en fin, ante cada escena, cada estandarte y cada símbolo. Hace de esto treinta y cinco años.

Lo que no había en aquella procesión era frailes. No pude, por ello, admirar á aquellos hombres austeros, que me hubieran parecido, de seguro, inteligentes, finos y pulcros. Estaba demasiado

cargado de electricidad el ambiente político y habían transcurrido poco más de una treintena de años después de la invasión de los conventos por las turbas. Entonces no se podía buscar demasiada elasticidad al Concordato. Hoy ya es diferente.

Tras el célebre Cristo de los Guardias, roto en formidable tumulto años antes, iba la Dolorosa, con su faz angustiada y noble. ¡Qué creación tan hermosa la de la Virgen Madre! En seguimiento del Sepulcro cerraba la procesión la presidencia, y en ella recuerdo haber visto al general Concha y al digno, aunque algo puntilloso, cura de San Ginés, que tanto y tan denodadamente supo defender contra los obispos el fuero parroquial. Pasaba la litera de la real casa y detrás un piquete de cazadores de Madrid. Digo de aquellos que se adiestraron en El Pardo y tan nutrido fuego hicieron sobre el pueblo en la plaza de Oriente el 56.

Quedábamos los chicos embelesados. Había que bajarnos á la fuerza de los legajos. ¡Nos parecía incomprendible que aquel vistoso y conmovedor desfile hubiera durado tan poco tiempo! ¡Qué cambio en breves años!

Ese día, el campo nos parece más abierto, la hierba más florida y tonalizada, el espacio más luminoso é insondable; la Naturaleza, templo sobre cuyos sillares se esculpieron los decálogos todos y á que todos han de volver, más inefable y serena. Y son muchos los que van al campo á ver en lo pequeño y sencillo la procesión deslumbradora del microcosmos, y en el sol que refulge, la azulada nube que se disipa, el viento que orea los nacientes brotes, la húmeda y palpitante tierra que se estremece al beso del nuevo solsticio, la marcha cadenciosa y sublime de lo infinito en la eternidad.

La última derrota

Nada recuerdo de la campaña de Africa. Era entonces yo demasiado niño. Pero si recuerdo que años después se hablaba en mi casa con respeto de los viejos héroes. ¿Qué ha sido de ellos? Un hecho reciente ha dado una respuesta á esta interrogación.

¿No habéis leído la melancólica aventura del viejo suicida? Decrépito, semiciego, el antiguo soldado de Africa y de Luchana carecía de pan y de albergue seguro. La muerte tardaba en llegar y él decidió buscarla: era una antigua amiga que había agitado en los Castillejos y en Morella sus alas sombrías sobre la esclavina de su capote de militar. Pero sus energías no eran las de los tiempos en que se cerraban sus ojos al cargar á la bayoneta detrás de Espartero y de Prim. Le faltaba decisión para apoyar sobre la sien el cañón de un arma y para ingerir una pócima amarga ó desabrida. Eligió el Viaducto. El desplome fatal en el espacio insondable y lóbrego era algo pasivo apropiado á su nulidad. Y allá fué, vacilante, apoyado en su báculo con la misma decisión con que caminó tras de O'Donnell, cuando, puesto en pie sobre los estribos, les gritaba en francés frente á las trincheras morunas:

—*Sacré! En avant!*

¿Qué tenía él que hacer en el mundo? Todo ya lo había perdido, *hors l'honneur*. Pero ese honor no se le tributaba. Como en el drama de Rusiñol, le bastaba mostrar su cabeza blanca para justificar la ingratitude y el olvido. Pero no podía soportar

la debilidad. Resignado á la muerte, como todos los héroes, no se conformaba con el vencimiento.

Llegó así hasta la proximidad del abismo. La suerte allí le jugó la postrera burla. No pudo escalar la barandilla del puente, él que había escalado las escarpas abruptas navarras bajo el fuego de la fusilería. Y sudoroso, jadeante, cayó en los brazos de los agentes, que le llevaron como á un mendigo á las salas de la delegación.

La muerte, con su implacable rencor femenino, le devolvía desdén por desdén y le recordaba que es ella sola la que nunca envejece y aquella á quien nunca se ofende en vano.

*
* *

El amor de los dioses, según el antiguo proverbio, fué siempre discernido á los hombres que tuvieron fin prematuro. No pudiendo salvarles del aniquilamiento, les protegieron contra la impotente y vergonzosa inutilidad. Se muere en horas, tal vez en minutos; hay quien sostiene, como Figuiet, que hay placer intenso en toda agonía. Lo que no se ha atrevido á demostrar la ciencia es que puede haber alguien en la caducidad que contemple la renovación de la vida con ojos nublados por lágrimas, que intenta recordar el pasado glorioso inútilmente é invoca en vano el respeto del porvenir.

No. No cabe resignación contra ese aniquilamiento de todos los días, esa destrucción de todas las horas, que va poco á poco arrancándonos cuanto nos hizo envidiados y amables. No hay compensación á ese inmenso dolor de ver cómo nuestro cerebro va perdiendo cuanto supo conquistar línea á línea y nuestra voluntad acertó á adquirir sacrificio tras sacrificio. La inteligencia humana, que

puede á su antojo, cuando es digna, embellecer la muerte, no mirará jamás sin horror la amenaza del embrutecimiento definitivo.

Así, la imaginación exaltada de los artistas preferirá siempre el purgatorio trágico, pero esperanzado, de los adolescentes heterodoxos, al cielo frío y desengañado de los patriarcas.

*
* *

Nuestra generación es cruel con los viejos; no los ama. Ha entendido que son un estorbo para toda labor ulterior, y les condena casi siempre al desprecio, cuando no á la burla sangrienta. Sin embargo, es tal vez al borde del sepulcro cuando se vislumbra la eterna verdad. La cuna y el sillón del anciano tienen ventanas al infinito. ¿Y qué vale la ciencia aristotélica, el poder cesáreo y la fortuna trymalciónica ante la misteriosa sonrisa de un niño, cuya mirada acaricia las nubes, ó el adusto francimiento del ceño de un anciano, que escudriña la tierra? Los poetas glosarán siempre la dolencia del más allá. Más que la verdad clara y neta de las cosas pequeñas, valdrá la presciencia de las cosas augustas, que ya no se acierta á explicar, ó la clara reminiscencia de aquellas de que no se sabe hablar todavía.

Yo amo á los viejos y á los niños. Son mis amigos. Amigos balbucientes ó mudos, en cuyas pupilas resplandece el misterio y cuyos ademanes ingenuos inspiran el enamoramiento de todas las grandezas secretas. A ese anciano que se acerca al abismo, le separaría una y mil veces con mano firme. Y á la sociedad que le pone en tan duro trance, le preguntaría si al menospreciar el ayer y el mañana, extremos de la recta infinita, no con-

vierte su hoy en un punto indeciso, destinado á borrarse en el tiempo, sin dirección y sin realidad.

Algún día los hombres rodearán á la infancia y á la ancianidad de holocaustos, les rendirán honores y riquezas y echarán á su paso guirnaldas de flores. Y entonces serán fuertes, porque habrán encontrado el talismán que convierte los báculos en cetros y las guedejas en diademas.

La Zarzuela

Un viejo teatro se ha deshecho en cenizas. ¿Por qué había de ser eterno, ya que todas las cosas mueren? Los muros y los lienzos, ¿por qué han de sobrevivir á la carne y la idea? Pero ya no quedaban pavesas de lo que fué zarzuela española. Lo que ha ardido no era un coliseo; era más bien un cenotafio, un sepulcro de glorias marchitas y de grandezas disipadas. Cuantos hemos doblado la cumbre de la vida, al pasar ante su imafrente, lo hacíamos abatidos y melancólicos, como ante un ara profanada de que hubieran hecho plinto los sátiros á un alcázar solitario y vacío, recordando las vespes remotas en que nos acercábamos á sus gradas, llenos de unción y recogimiento, como á una maravillosa caja de sándalo, vibrante de armonías y luz.

Sin embargo, al mirar las ruinas candentes, nos parece que una brasa implacable ha consumido dentro de nosotros algo ingente y amado. Para la juventud actual, la Zarzuela no era sino un «cine» más ó menos lujoso, y si llegaba á imaginárselo como templo, votábalo á Priapo ó lo consagraba al hastío. Horas antes de la catástrofe protestaba in-

dignada de no sé qué reales ó imaginarios impúdicos sadismos. Ni una grandeza, ni un solo espasmo estético puede asociarse en su sensorio al recuerdo de la sala, pretenciosamente opulenta, en que oyó cadencias misérrimas y escuchó desvergüenzas de lupanar. La sensualidad cambia fácilmente de albergue; su mayor atractivo es ser inestable.

Pero el ansia de la belleza, no. Para nosotros, la Zarzuela, con su nombre frívolo, que rememora la superficialidad de una corte más frívola aún, era el símbolo de un romántico y cándido idealismo que se nos fué. Era el santuario á que fuimos devotos para reverenciar prosternados al genio, la caja de música en que aprendimos las melodías que encantaron nuestra niñez, el recinto sagrado á que acudimos durante muchos años en busca de la idealidad y de consuelo. Eran los tiempos en que el amor sentíase casto y varonil y la misma lujuria colgaba de sus hombros paños helénicos. Se hubiera creído menoscabada al ser patrimonio de las turbas, y buscaba la fecundidad del camarín antes que la estéril brutalidad del tablado obsceno. No pensaban los hombres que debían compartir sin desdoro con otros hombres sus sensualidades secretas, y harto orgullosos de su virilidad, reservaban para sí lo que nunca pudo tener valor siendo patrimonio de todos, como el favor y la merced de las hembras. No iban al coliseo á tomar apuntes para obras que no eran para ellos jamás solitarias. Lo que buscaban en el teatro era sencillamente el arte, tan noble, tan excelso, que su goce puede ser colectivo. En resolución, eran lo que hoy se llama cursis; es decir, amaban lo verdadero, lo bueno y lo bello, y así no tenían que soportar la befa que merece á los pueblos de Europa la bajeza y la grosería.